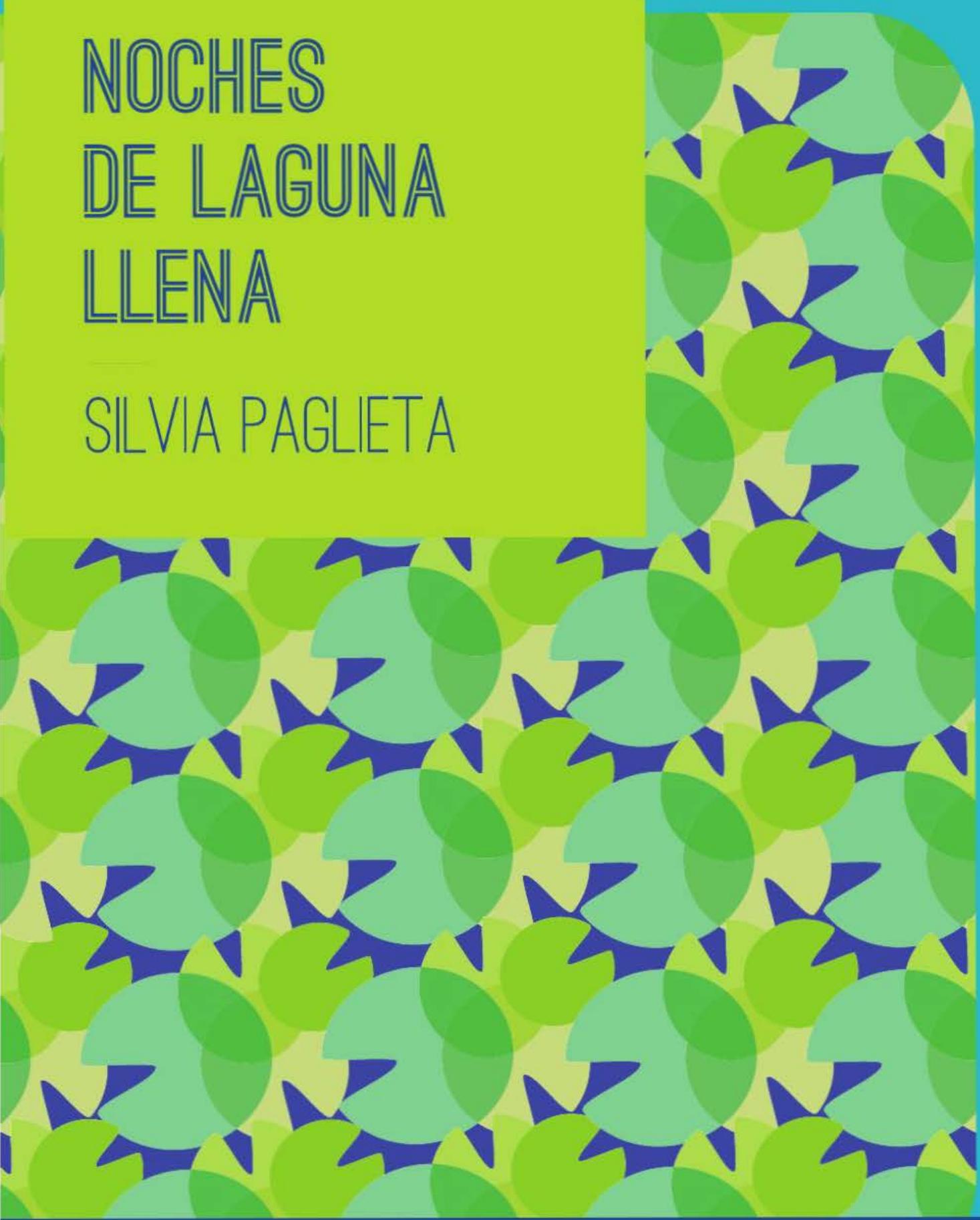


NOCHES DE LAGUNA LLENA

SILVIA PAGLIETA



Ministerio de
Educación

Presidencia de la Nación



PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

JEFE DE Gabinete de Ministros

Dr. Juan Manuel Abal Medina

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Prof. Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

A. S. Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Gabriel Brener



DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Margarita Eggers Lan

COORDINADORA EDITORIAL

Natalia Volpe

DISEÑO GRÁFICO

Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez, Mariana Monteserín y Mariel Billinghurst

REVISIÓN

Silvia Pazos

Pizzurno 935 (1020) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Tel: (011) 4129-1000

www.me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina. 2013

En "Noches de laguna llena", Buenos Aires, Ediciones Abran Cancha, 2011,
cap. I: Informe de situación, cap II: Ideas de la gallareta y cap III: Vamos a juntar floretes

© Silvia Paglieta

Colección: "Escritores en escuelas"



NOCHES DE LAGUNA LLENA

Silvia Paglieta

(Fragmento)

–¿Y por eso lloran los cocodrilos?

–Sí, por eso mismo –dijo la gallareta, que estaba a cargo del cuento del día.

–Pero yo me enteré de otra cosa –interrumpió el tero-. Los cocodrilos...

–¡Que se calle! ¡Que se calle! –corearon los patos silbones.

–Dejen que hable de una buena vez –pidió la gallareta.

Y el tero habló:

–El cocodrilo después de comer hace un ruido que parece llanto, pero es falso. Sí, señores: es falso. No se arrepiente de nada porque está con hambre y se come lo que tiene ganas. La panza se le agranda tanto que le saltan las lágrimas, pero...

–¡No soporto escuchar estas tonterías! –chilló la pata-. Quiero historias sin interrupciones. Si el tero sigue...

Así era nomás.

Y así era también la laguna más grande que todos habían visto porque la inundación estallaba.

Ni semillas. Ni plantas.

Ni palos. Ni raíces iban quedando.

En realidad nada no, porque ahí estaban hechos sopa una pareja de teros y otra de patos. Una coipo, una gallareta y una garza. También una lagartija con sueño viejo, un cuisito y una paloma.

–¡Qué barbaridad! –decía la garza-. Aguas he visto, pero como estas...

–Que yo me acuerde nunca estuvo la laguna así de grande. Y miren que he dormido la siesta hasta tres días seguidos sin que se me mojara nunca ni una uña –le dijo la lagartija a la coipo, a quien los bichos conocían como “nutria”.

–Increíble. Pero increíble increíble –hablaba sola la coipo-. No se puede construir nada que no se te moje –y revoleaba los





ojos por el aire gris hasta fijarlos en los patos que hacían laberintos de agua.

Por su parte el cuisito se sentaba, caminaba, se sentaba otra vez y se rascaba con las uñas la panza negra y áspera. Después volvía a caminar y volvía a sentarse, pero siempre cerca de algún bicho conocido.

–¿Cuándo volvemos a la orilla? ¿Cuándo volvemos?

Era lo único que se atrevía a preguntar.

Es que los animales iban aguantándose los rezongos y los malhumores cada uno a su manera.

La situación era una soga difícil de desatar.

Todo andaba mal porque hasta las ideas se les habían mojado.

–Yo he visto crecer las aguas desde que nací, pero nunca subieron de esa manera. La vida se nos va a hacer aburridísima –agregaba la paloma desde el sauce–. Miren el ombú; parece una esponja.

Algunos animales intentaban correr, volar o zambullirse un poco. Pero enseguida de vuelta al mismo sitio con las patas llenas de barro.

Las peleas y los desencuentros crecían al ritmo de la inundación.

Todo andaba mal.

–Lo que me revienta –opinó la paloma mirando fijo a la garza– es tener que pasarme no sé cuánto tiempo con este bicho que conozco de sobra y sé muy bien quién es.

–¿Ah, sí? ¿Y vos, palomita, que te la pasás volando entre las ramas porque otra cosa no sabés hacer? –contestaba la garza.

–¡Ah, claro! ¡Mírenla a ella, la mejor de la laguna! ¡No me hagas reír! –decía la paloma.

La pelea iba de pico en pico o de hocico en hocico, según dónde le tocara jugar, y el miedo, escondido entre las algas, se hacía dueño de la historia.

–Estar aquí me preocupa, porque con el susto no podré pegar un ojo –dijo la pata.

–Aquí tiene estas alas para pasar la noche –se apuró a contestar el pato.

–¡Ah! ¡Qué gris está todo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! –protestaba la coipo.

El miedo y el enojo crecían, pero no tanto como las ganas de





organizarse que andaban apareciendo.

Primero fue el tero quien marcó para él y para su tera un espacio.

—Esta noche ella y yo vamos a dormir aquí —aviso a todos.

—Yo voy a quedarme sobre este palo —notificó la paloma—. Total, no voy a volar hasta la otra orilla.

La coipo sentenció:

—Ojito, que estas ramas son mías.

—Mientras no me ocupen esta piedra, yo no voy a tener problemas con ninguno —informó la lagartija.

El cuisito tuvo ganas de preguntar cuál iba a ser su lugar, pero no lo hizo porque se estaba viniendo la noche. En cambio, dijo:

—¿Hasta cuándo me voy a quedar aquí? ¿Alguien me puede decir?

—Vos callate —le contestó la lagartija—, y andá preparándote para dormir.

—¿Pero mañana van a estar todos?

—¡Shhh! Acomodate y dormí. Por ahí algunos se van, pero vos no te preocupes.

Entonces el cuisito se acostó al lado de la piedra grande que ocupaba la lagartija.

Pero antes de que el sueño se humedeciera, la gallareta hizo una propuesta justo cuando la luna bajaba su silencio sobre el agua fría.

Y les habló así:

—Una vez me contaron una historia de unos cuantos bichos que se habían quedado solos en medio del campo. La peste estaba matándolos, y para que la enfermedad no los alcanzara se pusieron de acuerdo en contar una historia cada noche. Así no tuvieron nada de miedo y se salvaron.

—Pero ¿no tenían sueño? —preguntó el tero.

—No, nada de sueño. ¿Quieren probar?

Los animales confiaban en la gallareta. La conocían desde hacía mucho tiempo, desde antes de que la inundación les mojara hasta los recuerdos.

La coipo dio un par de zambullidas y aceptó.

Los patos también.

El cuisito dijo que sí y la lagartija dio un coletazo de aprobación antes de su primer ronquido.





La paloma también aceptó.
Todos estuvieron de acuerdo.
En realidad, todos no.
El tero se opuso.
–No quiero.
–¿Por qué? –preguntó la gallareta.
–Porque no quiero.
–Pero ¿por qué? ¿Porque sí nomás?
–Porque no. No y no.
–¡Pero andá...! –le contestaron.
–¡Qué insopportable sos! –le dijo la garza–. Parece que lo único que te gusta es estar siempre en contra.
–Sí –afirmó la paloma–. A ver... ¿por qué no te gusta lo que dice la gallareta?
–Porque no. Eso de contar cuentos no lleva a nada bueno. Ya los voy a ver con la cabeza llena de locuras y de fantasías. Acá hay que aprovechar el tiempo. Instruirmos. Ins-truir-nos.
Y enseguida largó una idea que cayó como un baldazo en medio de tanta agua.
–Propongo que cada uno dé una charla a sus compañeros sobre algo útil. Por ejemplo, la garza puede hablar de esos huesos que tiene en las alas y que le sirven para volar. La coipo, de...
–¡Queremos cuentos! ¡Queremos cuentos! –gritaban todos, y en especial el cuisito que ya estaba soñando con uno.
–Sí –dijo la coipo–, contemos cuentos, porque la verdad es que les tengo miedo a estas aguas sin orilla.
–Pero ¿los cuentos espantan el miedo? –preguntó el pato.
La gallareta, sin dudarlo ni un minuto, empezó a narrar a espaldas del tero el primer cuento.
–Cuando la joven princesa se sentó a orillas del lago vio que un cocodrilo manso, distinto de los otros, se le acercaba. Estiró el pie y lo acarició. Después se agachó todo lo que pudo y...
–¡No me diga que la princesa de los cocodrilos se animó a darle un besito al cocodrilo distinto! –preguntó la garza.
–Sí. Y cuando lo besó, en medio de unos vapores extraños apareció un príncipe un poco embarulado, pero príncipe al fin. Ahí se descubrió que los cocodrilos lloran porque están bajo un hechizo.





—Y colorín colorado... —finalizó la garza.

—Sí, este cuento se ha acabado —completó la gallareta.

—No es para tanto. Ya que van a contar cuentos, cosa que no me desagrada del todo —dijo el tero dándose vuelta—, les aviso que esa historia viene de otra que en realidad no es tan así porque...

—¡Ufa! ¡Basta! —gritó la lagartija.

—Usted sabe mucho, don tero —dijo la paloma—, pero esas cosas que nos dice son aburridísimas. No nos gustan para nada.

—¿Ah, sí? —le respondió mirando a la tera que afirmaba con la cabeza lo que su compañero decía.

—Correcto —y se dio vuelta ofendido—. No cuenten ni conmigo ni con ella para nada.

—¡Háganlo callar o lo fulmino de un coletazo! —roncó la lagartija—. Cada vez que habla, el cuisito se despierta. ¡Que se calle de una vez por todas!

Y así pasaron la noche. La primera. Entre acuerdos y desacuerdos. Entre broncas y silencios.

Cuando llegó la segunda noche la gallareta dijo:

—¿Quién quiere contar un cuento?

Como si no la hubiera oído, el cuisito preguntó:

—¿Ustedes cuándo se van?

El pato y la pata lo miraron con las plumas medio hinchadas.
¿Quién se acordaba de irse en ese momento?

La paloma comenzó:

—¿Les gustan los cuentos de misterio?

—¡Sííííí!

—Entonces les voy a contar uno.

Un poco más lejos, la gallareta se picoteaba la cola para sacarse la humedad y al mismo tiempo atendía cada palabra.

—Cuando murió el zorro que había hecho tanto daño en el pueblo, lo enterraron en el fondo de una quinta. Después de mucho tiempo nacieron en el mismo lugar unas papas extrañas, con unas ramas llaargas, muuuuy laaaaargas. La gente del pueblo las cortaba y volvían a crecer, enroscándose en las piernas de los





que andaban distraídos por el campo.

–El miedo no es zonzo –se dijo la gallareta mientras miraba cómo los patos, los teros, la coipo y el cuisito de iban amontonando cada vez más.

A la mañana del tercer día la lagartija se despertó antes que los demás. Y vio que estaban todos.

–Mejor para el cuisito –pensó.

Poco a poco fueron levantándose, estirando las alas, sacudiendo plumas o pelos casi secos.

–¡Eh, che! ¿Qué tal si acomodamos estos palos? –dijo la coipo.

–¡Dale! –contestó la paloma–. Yo arrimo estas pajas que trajo el viento; a ver si alguien me ayuda.

–¿Y yo qué puedo hacer? –preguntó el cuisito.

–A ver..., a ver... ¿por qué no nos decís unos versos? –propuso la coipo.

Entonces el cuisito se subió a la piedra de la lagartija y empezó a recitar lo primero que le vino a la cabeza.

–Doña Maríbiga se cortó el débigo con la cuchíbiga del zapatebigo...

–¡Bien! ¡Muy bien! –le decían unos.

–¡Otro! ¡Otro! –coreaban los que andaban por arriba de las ramas.

–¿Otro? Bueno –seguía entusiasmadísimo el cuisito–. Una vieja y un viejo fueron a juntar floretes...

–¡Epa! ¡Epa! –lo detuvo en seco el tero–. Mirá, cuisito, no te pases.

–Dejalo –dijo la pata–. Vos seguí que nosotros te escuchamos.

Y el cuisito siguió con sus versos:

–Una vieja y un viejo fueron a juntar floretes y entre suspiros decían... “¡Aquí solo hay chupetes!”.

Después de las risas y de los aplausos para festejar al más chico, empezaron las adivinanzas.

Tomó la palabra la lagartija, que tenía una colección.

–Tiene pico de tero y no es tero, tiene plumas de tero y no es tero, tiene ojos de tero pero tero no es... ¿Quién es?

–¡La garza! –fue el grito del pato.





—¡La gaviota! —siguió la paloma segura de no equivocarse, porque de pájaros sabía mucho.

—No. Frío, frío. Congelado.

—Entonces nos rendimos —dijo la pata resignada porque no pegaba una.

—¿Así que no saben? ¿Se dan por vencidos? Bueno, lo digo: es... es... ¡la tera!

Al tero no le gustó nada y miró feo a la pobre tera para que no les festejara la broma. La paloma pensó que no había nada mejor que un enojado para seguir enojándolo, así que dijo:

—A ver si les gusta esta: manifiesto, manifiesto, ¿cuál es, de todos, el bicho más molesto?

—¡El tero! —salió la respuesta como si en la laguna hubiera una sola voz.

El pato guardó para el final su propuesta, así que cuando la sombra del ombú era flaca como la de un junco dijo:

—¿Qué tal si empezamos con los piropos?

Eso le gustó a la garza.

Eso le encantó a la pata.

Y a la paloma, ni qué hablar.

—Ahí va el primero: ¡ay, quién fuera camalote pa'darte un beso grandote!

—¡Qué bueno! ¡Qué bueno! —dijeron al mismo tiempo la garza, la pata y la paloma.

¡Para qué! Entró enseguida el pato a revolearle los ojos a la pata que no se podía creer.

—A ver, a ver este otro: la madre que te creó debe ser muy vigilante; a una bicha como vos, cualquiera le tiene aguante.

Al principio la garza, la coipo y la paloma se habían puesto contentas, pero después...

—Che, pato, escuchame —le dijo la garza—. ¿Para quién son estos piropos?

—Para todas las presentes.

—¿Para todas? Con la revoleada de ojos que le estás haciendo a...

—¡Eh, che! ¿Me hacés el favor de callarte? —dijo la lagartija—. Cambiemos de juego.

Ahí fue cuando empezaron a jugar con los nombres. Le tocó el





primer lugar al más chico.

–¿Qué hacés, cuis, cara de lombriz?

–Callate, vieja virueja virueja de pico pico tueja.

–¿A mí me lo decís, que te defiendo tanto? ¡Ya vas a ver!

Y salió la lagartija de la piedra sobre la que estaba asoleándose para correr al cuis, hasta que al final cayeron los dos abrazados arriba de un montón de lentejas de agua.

–¡Suerte, pato cara de zapato! –continuó la coipo.

–¡Chau, pata pico de alpargata! –dijo la garza.

Cuando se cansaron de decirse cosas, el tero propuso el juego de los enigmas.

–Escuchen a ver si lo resuelven: la luna no alumbría, no hay ninguna luz, todo está apagado; por allí viene volando una luciérnaga a toda velocidad y se le cruza un mosquito...

–¡Uy! ¿No lo irá a hacer pelota? –preguntó la paloma.

–¡Qué pelota ni qué ocho cuartos! –dijo el tero.

–¡La pucha! –pensó la lagartija sin decirlo porque no quería volver a interrumpir–. ¿Este es el tero que hace unos días andaba con ganas de darnos clases?

–El mosquito y la luciérnaga están a punto de encontrarse. La luciérnaga va a atropellarlo, pero frena justo a tiempo y el mosquito se salva.

–¿Y? –dice la gallareta–. ¿Cuál es la pregunta?

–¿Cómo hizo la luciérnaga para ver al mosquito?

Buscaron la respuesta. Solos. De a dos. De a tres. Todos juntos.

–Dele, don tero, díganos la respuesta –rogó la coipo.

La tera estuvo a punto de soplarles el resultado, pero el tero le echó una mirada tan fuerte que no se animó a hablar.

–Y... –explicó lleno de risa–, no lo chocó porque era de día.

Lo que antes había sido un coro de bichos ahora era un batallón, pero de animales enojados.

Jugaron con el tero hasta que aparecieron, frescas como gramilla, algunas preguntas flotando por el aire.

La noche oscura no dejó ver de qué boca habían salido las preguntas.

Hubiera hecho falta la luna.

Lástima que ya estaba dormida detrás de las nubes.



Silvia Paglieta

Licenciada en Letras y profesora egresada de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, desde hace más de veinte años se dedica a la realización de experiencias vinculadas con la lectura en sectores populares.

Es autora del Proyecto Grupo Catán desde donde se generaron múltiples propuestas de promoción de la lectura, en particular en el conurbano bonaerense. Es autora también del Proyecto Corredores de Lectura, una experiencia en el campo de la mediación que se realiza desde 2013.

Como docente se desempeñó en las distintas ramas de la enseñanza, dictando clases en los últimos veinte años en institutos de formación docente, especialmente en el área de prácticas de la enseñanza en la carrera de Letras, educación primaria y educación inicial.

Como capacitadora participó en distintos planes de promoción de la lectura, dictando cursos en provincias argentinas y también en el exterior (Universidad del Valle, Buga, Colombia).

Se ha formado además como narradora y como titiritera; y en ese campo es autora de “Don Quijote y la aventura de leer” y de “Minotauro” ambos espectáculos presentados en el Museo Argentino del Títere donde colabora desde el 2003. Es autora también de *Historia del Museo Argentino del Títere*, escrito en colaboración con Sarah Bianchi, en el 2007. Es miembro de la Fundación Mane Bernardo/Sarah Bianchi. En tanto narradora, fue discípula de Ana María Bovo y presentó espectáculos en Colombia, Buga y en distintas provincias de la República Argentina. Contribuyó también a la capacitación de alumnos narradores en institutos de formación docente. Se formó en el área de juegos teatrales con Norberto Vázquez Freijo en el proyecto Volver a ser pibes.

Como escritora ha publicado en el país y en el exterior; sus últimos textos son: *Noches de laguna llena* (2011), *Construyendo lectores* (2011), *Darío* (2012), y *Poética del desamparo* (2013). “La leyenda de los hipocampos” se incluyó en la *Antología para Educación Inicial* (2008) del Ministerio de Educación. En distintos manuales y revistas de educación se publicaron otros textos y colaboraciones suyas.

Recibió menciones en Alija, primer premio cuento breve Cacyf (Ciencia Ficción y Fantasía) 1994, y resultó finalista en el Premio Sigmar 2008.

Actualmente se desempeña como coordinadora de la Región 2 del Plan Nacional de Lectura. En el mismo plan coordina además, la lectura en espacios no convencionales, y es directora de la Estación de Lectura Ernesto Sabato; conduce el programa de radio Estación de Lectura, con la producción de Jorge Gómez, (www.conexionabierta.com.ar).



ARGENTINA
UN PAÍS CON BUENA GENTE

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.